

“MORIRÉ EN UN MERCEDES BENZ”: ANÁLISIS DE UN SÍMBOLO CONTINUO EN LA OBRA DE NGŪGĨ WA THIONG’O

Andrea Torres Camacho

El keniano Ngũgĩ wa Thiong’o es uno de los escritores africanos contemporáneos de mayor trascendencia y reconocimiento dentro y fuera de África. Miembro destacado de la diáspora, ha tenido que recurrir al auto-exilio tras haber sido encarcelado por su escritura de contenido revolucionario, la cual plantea críticas y cuestionamientos aparentemente sencillos que desmoronan las bases políticas, económicas y sociales de los Estados africanos. Thiong’o forma parte de los pensadores que más han trabajado a favor de la descolonización de los individuos y de las culturas, por eso también ha defendido el gĩkũyũ, su lengua materna, como el vehículo principal de su expresión literaria.

El presente ensayo examina los múltiples argumentos articulados en el símbolo del Mercedes Benz en *Matigari*, novela cumbre del autor keniano escrita en gĩkũyũ entre 1983 y 1984, y “A Mercedes Funeral”, cuento del volumen titulado *Secret Lives* escrito entre 1961 y 1971.

En la novela, la primera aparición de esta clase de automóviles de lujo construye una escena de alto contraste y abona al desconcierto del personaje principal. Matigari wa Njirũngi —los patriotas que lucharon en la selva y las montañas— regresa en busca de sus mujeres y sus niños, después de por fin haber vencido al Colono Williams y antes de volver a casa —la casa que él construyó con sus propias

manos y de la cual aquel lo había despojado—. En su andar, llega a una calle larga. Pasa al lado de una pareja dentro de un Mercedes Benz que escucha la estación oficial, la Verdad, en la radio.

Se trata apenas de un instante, pero suficiente para asentar dos cuestiones fundamentales en el símbolo de esta marca de automóvil. La primera es su vínculo directo con el *ethos* del poder estatal. Quienes viajan en él normalmente son cuadros de alto rango o parte de la élite enriquecida con la aquiescencia de leyes, policía y gobierno. Luego, también funciona como emisora móvil de su ideología. Sus ocupantes se perfilan ajenos a los acontecimientos externos, a los que tienen lugar en torno a ellos, a la vez que facilitan la propagación del mensaje oficial, pues estacionado o en movimiento, la Voz de la Verdad se escucha por las bocinas del Mercedes Benz.

La segunda es la configuración del interior del carro como un tercer espacio: no es la casa ni la calle, sino algo intermedio que puede tomar funciones de ambas, con mayor privacidad, mayor seguridad y, quizá de manera contradictoria por su lazo con las élites vigilantes de la paz y el orden, mayor libertad. A lo largo de la narración, se describen personas tomando bebidas o alimentos en su interior, viviendo en él, observando acontecimientos graves desde sus ventanillas a una distancia no comprometedor y, finalmente, usándolo de alcoba —la esposa del Ministro de Verdad y Justicia con su chofer— o como protección para el héroe y su reclamo de justicia.

Sobre la categoría del *tercer espacio* (Mateo Rebollo, 2019):

Teóricos como Edward Soja (1996) o Homi Bhabha (2004) definieron el “tercer espacio” no tanto como un lugar físico, sino como un espacio

mental, una forma de definir de manera muy precisa la condición del que habita en las urbes contemporáneas y que normalmente no proviene de ese lugar. Por tanto, su espacio mental no está ni en el lugar de origen ni en el de acogida, sino en otro tercero, mezcla de los dos anteriores, y de otras muchas circunstancias.

Lo anterior nos ayuda a situar al Mercedes en un entorno urbano casi por antonomasia. Mercedes y urbe, urbe y Mercedes. Por supuesto, nos estamos refiriendo a una ciudad de corte occidental europeo: con calles pavimentadas y altos edificios, zonas definidas según uso y función, actividades económicas secundarias y terciarias en su totalidad, concentraciones masivas de población, alto consumo de lujos. Sin problematizar las dinámicas y propiedades de esta clase de ciudad así como el que se trata de un solo modelo posible de organización humana social-productiva, no universal, es muy fácil caer en un tono publicitario donde el Mercedes se torna en referente de modernización e industria, fabricado exclusivamente para los habitantes privilegiados de las ciudades. El Mercedes sería un depredador del campo, detractor de los estilos de vida rural en un continente que conserva altos porcentajes de actividad agrícola, además de una situación política, económica y social especialmente conflictiva en aquellas regiones donde la extracción de materias primas vegetales y minerales resulta muy provechosa para otras naciones y corporativos.

Sin embargo, entender el Mercedes como un tercer espacio aclara el estado intermedio, inestable, de aquellas facciones de la población que por “azar” —una segmentación colonial de las escuelas— tuvieron acceso a mayores oportunidades de inclusión en el sistema global: ni comprometidos con valores o causas africanas ni integrados en igualdad de condiciones a las sociedades dominantes del mundo. Situándose fuera de la cuestión binaria del aquí y el allá

— el lugar de origen y el lugar de acogida— gracias a la cubierta de un Mercedes Benz, atemporalmente, pueden tomar distancia y usarla a su favor, actuar en el sentido que ellos decidan. Justo eso es lo que hace sospechoso al narrador del bar:

J.J.J. still rides in a Mercedes Benz —this time 660S – just like mine— and looks at me with, well, suspicion! (p. 149).¹

Incluso siendo propietarios del mismo modelo de Mercedes, la diferencia moral entre los dos queda establecida con claridad. En tanto uno se sirve políticamente de los sueños y la muerte —el ataúd Mercedes— y fracasa ostensiblemente,² el otro podría decirse que se reconcilia con el difunto, evitando una ridiculización mayor y devolviéndole un sentido profundo a la notoriedad adquirida de su entierro. No es que el narrador quede exonerado por comportamientos anteriores, tan es así que se siente impelido a contar la historia del funeral Mercedes a pesar de los años transcurridos. No obstante, consigue cifrar la ironía en un Mercedes, quebrar el espectáculo en torno a una muerte tristemente célebre que resultó de una vida de esperanzas mutiladas. Consigue despojar a la muerte de su brillo falso y dejar patente la miseria que imposibilitó al chico trabajador un Mercedes real —no de madera y a escala— en vida: “Wahinya’s progress from hope to a drinking despair is the story of our time” (p.131). El narrador intradieético utiliza el tercer espacio del Mercedes para subir en él la fábula del hombre común. Para sacudir conciencias mediante el absurdo.

¹ Para las citas de las obras literarias, se indicará el número de página entre paréntesis y las ediciones utilizadas se incluyen en la lista de referencias final. *Matigari* cuenta con traducción al español, pero el cuento de “A Mercedes Funeral” sólo se ha publicado en inglés y se respetó el idioma original en las citas.

² La manipulación política de cuestiones esenciales como éstas es equiparable al manejo de las categorías de tribu y etnia para explicar de forma reduccionista los conflictos posindependentistas en África. El malestar que se produce en la sociedad al vestir étnicamente las confrontaciones se revela en el final magistral del cuento sobre el funeral de Wahinya: existe algo absurdo e indecente que termina avergonzando a los participantes y ahuyentándolos.

Así que podría insinuarse una doble naturaleza del Mercedes: una negativa por completo y otra proclive a la esperanza si se instrumenta —deconstruye— para los fines del bien común y los oprimidos. Por consiguiente, el vehículo desata una digresión momentánea en su primer cameo en *Matigari*:

En el Mercedes había un hombre negro con una botella de cerveza y una mujer negra con una bebida gaseosa. Su mente flotó lejos de las noticias y fue a alcanzar los autos que pasaban a su lado. Algunos sólo llevaban pasajeros europeos, otros asiáticos y otros africanos. Hacía mucho, mucho tiempo, había sido el chófer del Colono Williams. ¡Cómo habían cambiado las cosas y los tiempos! ¿Quién hubiera creído que algún día los africanos manejarían sus propios carros? Ahora lo único que les quedaba por hacer era manufacturar sus propios autos, trenes, aeroplanos y navíos (p. 22).

En tanto el continente africano esté imposibilitado de desarrollar tecnología, incluso de autodeterminarse según su propia condición, la presencia de Mercedes Benz circulando por sus caminos debería generar sospechas y resquemores. Simbolizan desigualdad y neocolonialismo. Yusuf Serunkuma (2017), doctor del Instituto Makerere de Investigación Social, incluso refiere el cuento del funeral mercedario para hacer una crítica al modelo de las organizaciones no gubernamentales (ONG, NGO en inglés):

The absurdity of this story cannot be lost on any non-governmental organisation worker in sub-Saharan Africa.

Born in the wake of Structural Adjustment Programmes (SAPs) in the late 1980s, NGOs were made for dreams of dead men, and to do so with pomp and ceremony. The journey to the death of the African economies through SAPs did not come by accident.

Estamos ante un símil muy interesante: la ayuda humanitaria de las potencias a través de ONG y el Mercedes Benz ataúd. Por un lado, el concurso de ataúdes para el cuerpo de Wahinya y el acuerdo de que la decisión fuera tomada por la cantidad de aplausos admite una interpretación de formas “civilizadas y democráticas”, a la usanza de otras tradiciones culturales —por ejemplo, la norteamericana—, pero realizadas con pompa y boato, con un discurso de auto-enaltecimiento. De la misma manera, a las consignas de las misiones humanitarias en África, sean ONG o campos de refugiados de organismos internacionales, también subyace la asimilación simultánea de todas las naciones a estructuras y modos occidentales, “civilizados y democráticos”, buenas intenciones motivadas por muertes desafortunadas, emergencias, que además encubren las otras muertes que provocan, la miseria que perpetúan mediante un asistencialismo normado y supuestamente desinteresado. Así que de cierto modo la promoción de voluntariado o de ciertas iniciativas de ONG en el continente africano, sobre todo aquellas no directamente enraizadas en el contexto local, termina siendo una solución deficiente y absurda que no hurga en las causas profundas, una caja mortuoria de Mercedes falso, una especie de lucro con la muerte y el sufrimiento humanos, así como los cuatro candidatos al puesto parlamentario de Chura intentaron aprovecharse del entierro de Wahinya como plataforma política aun a pesar de lo diferente de sus historiales —un estudiante, un pequeño empresario, un administrativo local y el mandamás de la zona “the most Hon. John Joe James... would you believe it, used to be known as John Karanga but dropped his African name on being elected... standard, efficiency and international dignity demanded it of him you know...” (p. 124)—.

Serunkuma (2017) puntualiza dos consideraciones más, la formación y captación de una élite atraída por los salarios y los *carros* —de nuevo, el vínculo entre vehículos motores y la clase acaudalada a la que pertenece el amigo narrador—, y un despertar crítico ante la actividad de las ONG —una reminiscencia del rechazo final de la multitud al ser revelado el Mercedes mortuorio para Wahinya—:

Among others, NGOs proliferated serving a duo-mandate: channel money into African economies, and seem to be helping, but also soothe the anxieties of a growing noisy and critical elite. By this token, the elite were tactfully crafted into a bourgeois lifestyle – big salaries, big cars.

Living under the illusion that they were actually being helped, communities were cowed into submission to the global capitalist regime of power and control. After about 30 years, the NGO narrative is starting to flounder.

El régimen capitalista global de poder y control que Serunkuma menciona cobra vida en esa primera calle que Matigari transita. El combatiente sigue avanzando y más adelante ve muchos más automóviles de lujo estacionados frente a un imponente y moderno centro comercial que alberga al Barclays Bank, al American Life Insurance y al British American Tobacco, entre otros: “Si vinieras aquí a ciertas horas, te sorprenderías. Este estacionamiento a veces se llena de Mercedes Benz. Se creería que es aquí donde los fabrican. Sus dueños vienen a beber al Nuevo Hotel Sheraton” (p. 29).

La miseria y la opulencia se encuentran sobre una misma calle; de un lado, la fábrica, el basurero, los bares, el deshuesadero donde viven los niños desprotegidos, y del otro, los Mercedes Benz y las tiendas. Matigari tardará en darse cuenta del “nuevo” mismo estado de cosas, pero en primera instancia desconfía de los Mercedes Benz y de las personas en su interior.

Para muchos, un Mercedes Benz estaría fuera de lugar en África. Probablemente el primer tipo de carro que aparezca en una imagen preconcebida del continente sea un Jeep, vinculado a los safaris y las aventuras a campo traviesa con grandes fieras. En segundo lugar, carros viejos y desvencijados, maltratados por el mal estado de los caminos, o matatus —camiones públicos— atestados de personas y equipaje. Pero, ¿un Mercedes Benz? Serán pocos y de diplomáticos. Sin embargo, esta marca de vehículos en realidad es más común en el imaginario africano de lo que se cree, además de una constante en el discurso.

Un Mercedes Benz habla de riqueza y poder, pero no sólo de políticos advenedizos. En la historia de Wahinya, los dos personajes en posesión de un Mercedes real son el parlamentario J. J. J. y el narrador amigo del difunto que cuenta el caso en el bar. Ninguno de los dos son jefes de clan ni realeza, pero cada uno ha sabido ascender en la vida siguiendo las reglas del juego posindependentista. Por lo tanto, un Mercedes Benz puede significar triunfo, éxito en los términos del mundo actual globalizado, capitalista, democrático. De igual manera, un Mercedes Benz se convierte en la máxima aspiración de muchos, la meta, la constatación de una África moderna y liberada. Es más que deseo material, no pasa siquiera por una valoración de funcionalidad o calidad en la manufactura, sino que encarna la fantasía más gulible y fácilmente reproducible del sistema: con un Mercedes, tienes la vida resuelta o, si tienes un Mercedes, es porque trabajaste por él y te lo mereces.

Poseer un Mercedes se convierte en un deseo tan atractivo y seductor como el impulso sexual. El tercer encuentro entre Wahinya y el narrador del bar acontece cuando este último resuelve pedirle un servicio pagado a una de las meseras del

Ilmorog Bar & Restaurant, la cual comparte el mismo nombre con el carro, “Mercedes they used to call her”, y una “cajuela” enorme (“a huge behind”). Aunque en primera instancia se siente refrenado por encontrar ahí a Wahinya, su amigo de juventud, ahora callado y sin brillo en los ojos, supera su inquietud y decide hacerle el encargo: “Wahinya! Reduced to a carrier of secrets between men and women!” (p. 142).

El apetito por todo tipo de Mercedes puede llegar a extremos alucinantes. Además de la comparación con el cuerpo de la mujer o de la minuciosidad al recrearlo con todo detalle para un ataúd, en el relato también queda registrada la obsesión por el modelo, por renovarlo con frecuencia o por ser dueño de más de uno. El narrador del bar maneja furiosamente su Mercedes 220S cuando se reencuentra con Wahinya como vigilante nocturno. Al final, dice que tanto J. J. J. como él manejan un 660S.

El Mercedes podría simplemente satisfacer al individuo por ser su recompensa merecida, pero en realidad su mayor atractivo se localiza en el plano de la apariencia. Que todos sepan que eres dueño de un Mercedes y lo que eso significa. Los Mercedes Benz son los distintivos de la élite educada hasta en las películas de Nollywood; en la mayoría de las tomas, se observa un cuidado especial en mostrar bien la marca del automóvil.

Tomando esta tríada de significados dinero-poder-apariencia, el automóvil se homologa fácilmente a la muerte misma en “A Mercedes Funeral”:

Before 1952... People, you see, were awed by death. But they confronted it because they loved life. They asked: what's death? because they wanted to know what was life! [...] Shall we ever capture that genuine respect for death in an age where money is more important than life? Today what is left? A showbiz. Status. (pp. 128-129)

Si la muerte se ha banalizado tanto es por la caída del valor de la vida, porque ambas se miden en términos monetarios. La vida ya no es vida y lo que queda es un espejismo de muerte fabulosa: un Mercedes Benz en el centro del escenario que pretende respetar los deseos del difunto —un hombre común y corriente—, aparentando una vida próspera y una despedida espléndida, como si el valor del Mercedes *post mortem* pudiera homologarse al de la vida perdida.

It was not a coffin at all, but really an immaculate model of a black Mercedes Benz 660S complete with doors and glasses and maroon curtains and blinds. [...] Before Brother Wahinya had died, he had spoken of a wish of dying in a Benz. His last wish: I say let's respect the wishes of the dead (p. 148).

¡Por supuesto que no! La farsa del ataúd sólo expone la falta de poder del fallecido —entendido como la facultad de hacer y lograr cosas— y el hecho de que un Mercedes por sí solo, sin la vida, es vacío y frío como cualquier sepulcro, sin importar cuánto cueste.

Ahora bien, existe otra connotación de poder —careta social— del Mercedes que Matigari aprovecha hacia el final de la novela. Acompañado por Gũthera y Mũriũki se sube a uno, dejando a la mujer y su amante en el descampado, y los tres se sirven de su blindaje simbólico. Nadie cuestiona a quien viene dentro de un Mercedes. Nadie detiene a sus ocupantes, sus acciones no son vigiladas. Ni siquiera es posible indagar la identidad de quien viaja en él. Así que el hombre más buscado por todos, Matigari, se hace invisible al conducir un Mercedes Benz.

Hacia el desenlace, el Mercedes es disfraz, armadura y arma. Matigari destruye la casa de John Boy Jr. —su casa— estrellándolo en la entrada. La apropiación final. Una de las máquinas más sofisticadas del capitalismo extranjero vuelta en su contra. El Mercedes ha sido subvertido por su conductor desde que lo acerca a su objetivo —la

casa—, transportando a individuos totalmente opuestos a quienes suele llevar —un niño andrajoso, una prostituta, un rebelde—, hasta que lo equipara a instrumentos más sencillos: lanza, escudo y caballo. Fue caballo veloz en el enfrentamiento con las patrullas una vez que el soplón lo delató. Fue lanza al apuntarlo en dirección a la vivienda. Fue escudo una vez dentro de la casa, pues el Mercedes continuó sirviéndole de protección al obstruir la entrada e impedir que los policías se acercaran. Todo el carácter abstracto, inasible, etéreo del capitalismo de la era moderna que el Mercedes porta y transmite desaparece al ser utilizado de manera muy concreta por el patriota.

Esta transformación cuenta con un antecedente muy sutil en un ensueño de Mũriũki al principio, cuando llegan a la hacienda de Matigari por primera vez: “Ah, ¡cómo me gustaría volar por encima de esta hacienda de arbustos de té en un Mercedes Benz con alas o, mejor aún, en un caballo con alas, y que las hojas de estos arbustos rozaran suavemente el polvo de mis adoloridos pies...” (p. 57).

La pasión por los Mercedes del niño, evidente en varias de sus intervenciones, esta vez se disuelve rápidamente como una capa superficial para dar paso a una imagen idílica y natural. De hecho, esta ilusión verdaderamente inocente de Mũriũki, tanto si es carro con alas o caballo con alas, es distinta a los sueños de embriaguez de Wahinya.

Cuando el guardia del bar habla del Mercedes es porque se encuentra en sus peores momentos. No es al fantasear con el carro que recupera algo de su entusiasmo esencial, sino cuando rememora a su profesor de primaria y sus días en Chura con el narrador del bar. Su descabellado plan del Mercedes tiene un componente sumamente agrio. Más aún, su insistencia en el tema, combinada con el estado alcohólico en que lo mencionaba, lo hicieron blanco de la burla: fue apodado Benji por el Benz de la marca.

At such moments, he would be full of drunken dreams and impossible schemes. 'Don't worry... I will die in a Mercedes Benz... don't laugh... I will save, go into business, and then buy one... easy... the moment I buy one, I will stop working. I will live and die like Lord Delamare.' People baptized him Wahinya Benji. (p. 142)

En este fragmento, se esconde otra sutileza irónica. Lord Delamare es una referencia velada a Hugh Cholmondeley, tercer barón de Delamere, uno de los terratenientes ingleses más prósperos de Kenia. Desde joven, gustaba de gastos extravagantes, la caza, el juego, la bebida, la naturaleza y la aventura. Perdió por completo su herencia en Inglaterra (tierras, propiedades, obras de arte) para establecerse definitivamente en suelo africano y llevó a la ruina a su esposa. Vivir como él sugiere lo contrario a aspiraciones nobles o sensatas, mejor dicho, ejemplifica excesos, dilipendios y el oportunismo de la colonización en África:

It was during the period 1911-1930 that he broke up, disposed of and sold off ... a very valuable library that had been built up over many years at Vale Royal Abbey, Cheshire, by his father, grandfather, plus previous ancestors of the Cholmondeley family. He did so without any consideration for the future of classical literature in England, which reflects his mental attitude toward education and culture; he was only interested in his own ambitions in Africa and to try and promote a white, European only, controlled empire of Kenya. (Nicholls, 2014)

Así como morir en un Mercedes fue la ensoñación decrepita de Wahinya, la final y la más cruel, hay que anotar otra faceta de esta clase de automóvil: la de chatarra y despojo. Si existe una élite sujeta al consumismo desaforado que se requiere para mantener en pie al capitalismo global y que suplanta vacíos espirituales y semánticos tanto en África como en otras regiones, entonces la cantidad de desechos también debe tomarse en consideración. Mucho se habla de las construcciones de madera, cartón y aluminio en las periferias

de las grandes ciudades — Bamako, Lagos, Johannesburgo — y no pocos artículos periodísticos han hecho mención de las iniciativas de reciclaje y economía verde (Palitza, 2012), en parte vinculados con el problema de los tiraderos de basura electrónica o tecnológica en Ghana y Nigeria (Deutsche Welle, 2018; Rodella, 2018).

Por lo tanto, la escena de los niños espurgando el basurero de la fábrica de plásticos en *Matigari* para encontrar tesoros, materias primas de sustento, materiales para comerciar y vestir ilustra un trasfondo real por completo y, en el tema de los Mercedes Benz, subraya el que Mũriũki orgullosamente utilice la carcasa de uno como hogar. El Mercedes, una vez desechado como vehículo por sus propietarios, conserva algunos de sus significados primarios (lujo o comodidad, riqueza o prosperidad, apariencia o presunción) para las capas más bajas, los cuales se transfieren y replican no obstante el estado material del artefacto, y con optimismo también guarda su potencial revolucionario. Es decir, la facultad de atraer la atención suficiente para ocultar o camuflajear de forma estratégica otros valores, alternativas, y activarlos inesperadamente.

Esta ambivalencia entre basura y reinvención vuelve a trazar un puente con el relato de Wahinya, pues el último de los despojos de su fantasía será tomado por su amigo para arrojar la crítica más feroz sin que nadie se lo espere. Habiendo sido escrito en una fecha más temprana, es posible que Thiong'o retomara ciertos aspectos de su cuento en *Secret Lives* para desarrollarlos aún más en la novela de *Matigari*: apariencia, suntuosidad, ensoñación y también quiebre.

But somehow no applause came; not even a murmur of approval. Something had gone wrong, and we all felt it. It was like an elaborate joke that had suddenly misfires. Or as if we had all been witnesses of an indecent act in a public place. The people stood and started moving away as if they did not want to be identified with the indecency. (p. 148)

Precisamente por el desenlace, la complejidad del relato, la relevancia de que el último sueño desesperado de Wahinya sea la sola posesión de un Mercedes Benz para después morir y el lugar común del ascenso social o la superación mediante el estudio, ligado a la tradición occidental, es difícil suscribir el resumen de la reseñista de *The New York Times*, Delia Owens (2019):

Schools crumbled, leaving young men like Wahinya, who knew that education is the only road out of poverty, with no hope. His dream to own and die in a Mercedes earned him the name Wahinya Benji as he wandered from job to job and drank himself to death.

Antes que nada, Wahinya es un personaje redondo. No es conveniente reducirlo a un papel de ingenuo ni a uno de miserable. Su fe en la educación es cierta, pero la frase de su maestro (“What one man can do, another one can”) cala más hondo, es la verdadera enseñanza. Wahinya intentó asegurar su porvenir de distintas maneras después de que el camino de la educación se cerró para él. Tampoco puede decirse que ese último sueño fuese el que mejor lo definiera. Su sueño esencial era Uhuru, “libertad” en suajili.

De la cantidad de significados atribuibles a un Mercedes Benz, la libertad es el que queda en los estratos más escondidos, menos obvios, sobre todo, el clamor por la libertad colectiva. Para traspasar los semas superficiales, los de la primera impresión que conectan directamente con nuestros presupuestos culturales naturalizados —Mercedes Benz es dinero y poder—, es necesario recorrer la historia completa en ambos casos, novela y cuento, y reparar en la vuelta de tuerca de la trama: el súbito silencio del público en “A Mercedes Funeral” y el trayecto incógnito de Matigari hasta la casa, así como su destrucción de la misma con el auto.

Por la construcción del Mercedes como un símbolo multifacético es que Ngũgĩ wa Thiong’o excede la categoría del realismo socialista en su obra aunque la influencia del marxismo sea indudable en su postura crítica al igual que el contenido político de su ficción (Mwetulundila, 2016).

Finalmente, hemos visto un Mercedes Benz poliédrico, no un signo estático de correspondencia exacta todo el tiempo. Al menos es posible contabilizar doce semas³—unidades mínimas de significado o categorías generales— relacionados con él, interconectados según la escena; asimismo, cabe recordar que cuenta con más de una aparición de principio a fin y que, aunque el *corpus* de este ensayo se limitara a un cuento y una novela del autor keniano, los Mercedes Benz aparecen con regularidad en los textos de Thiong’o, de otros autores y en otras disciplinas artísticas, pues forman parte de la realidad africana. Una última metáfora resulta pertinente: el Mercedes Benz en África es una caja de Pandora, una caja de sorpresas. Todavía es posible sumarle más significados, transformarlo, modificarlo. Ahí se halla la esperanza luminosa de la escritura de Ngũgĩ wa Thiong’o.

3 En un orden del más evidente al más profundo, los semas analizados fueron:

1. Riqueza-lujo
2. Apariencia-ostentación
3. Deseo
4. Poder
5. Muerte
6. Desecho
7. Escudo
8. Arma
9. Transporte
10. Sueño-anheló
11. Tercer espacio
12. Libertad

Fuentes consultadas

D.W. (2018). “Miles de toneladas de basura electrónica europea van a África”, 19 de abril, disponible en: <https://p.dw.com/p/2wLdr>

Mateo Rebollo, C. (2019). “Tercer espacio: un nuevo ámbito para la identidad urbana”, *The Conversation*, 27 de febrero, disponible en: <http://theconversation.com/tercer-espacio-unnuevo-ambito-para-la-identidad-urbana-112449>

Mwetulundila, R. (2016). “A Marxist analysis of Ngugi Wa Thiong’o’s Novel Matigari”, *International Journal of Research in Humanities and Social Studies*, 3(10), octubre, pp. 26-32.

Nicholls, C. (2014). “What Brought Lord Delamere to Kenya?”, *Old Africa. Stories from East Africa’s Past*, 4 de agosto, disponible en: <http://oldafricamagazine.com/what-brought-lord-delamereto-kenya/>

Owens, D. (2019). “Stories That Explore Africa’s Resilient Spirit”, *The New York Times*, Fiction, 17 de abril, disponible en: <https://www.nytimes.com/2019/04/17/books/review/ngugi-wa-thiongo-minutes-of-glory.html>

Palitza, K. (2012). “Sudáfrica: el verde negocio de la basura”, *Inter Press Service. Agencia de Noticias*, 13 de abril, disponible en: <http://www.ipsnoticias.net/2012/04/sudafrica-el-verde-negociode-la-basura/>

Rodella, F. (2018). “Las huellas de la basura tecnológica acaban en la sangre de los habitantes de África”, *El País*, 19 de noviembre, disponible en: https://elpais.com/elpais/2018/11/14/ciencia/1542193341_918105.html

Serunkuma, Y. (2017). "Is the NGO world dead?", *The Observer*, 2 de agosto, disponible en: <https://observer.ug/viewpoint/54165-is-the-ngo-world-dead/>

Thiong'o, N. (2019). *Minutes of glory, and other stories*. Nueva York: The New Press.

_____. (2005). *Matigari*. Rafael Segovia A. (trad.). Ciudad de México: El Colegio de México.